

## POR FIN, UNA BIOGRAFÍA MODERNA DE LA JOVEN ROSALÍA

María Xesús Lama (2017)

*Rosalía de Castro. Cantos de independencia e liberdade (1837-1863).*  
(Vigo: Galaxia)

Esta es una biografía de lectura amena e informativa. Escribir sobre Rosalía de Castro, con el estatus que tiene como poeta símbolo de la nación gallega, requiere coraje a la vez que tacto y sensibilidad. Mucho se ha escrito sobre Rosalía, su vida y su obra, pero han faltado y siguen faltando datos fidedignos y comprobables sobre los pormenores de su trayectoria vital y profesional sin los cuales es difícil hacerse una idea certera sobre su carácter y personalidad. María Xesús Lama ha encontrado algunos datos nuevos, es cierto. Pero lo que consigue, sobre todo, en esta biografía tan bien narrada es reunir todo lo ya sabido de la vida de la joven Rosalía —en buena parte debido a investigaciones minuciosas publicadas hace más de medio siglo— con lo que se ha descubierto más recientemente, en particular con respecto a la vida de la madre de Rosalía, Teresa de Castro; su padre, José Martínez Viojo, y su esposo, Manuel Murguía. En este sentido la biografía de Murguía publicada por Xosé R. Barreiro Fernández en 2012 (por Galaxia, en la misma serie *Grandes Biografías*) y los dos tomos de sus cartas publicados por Barreiro Fernández y Xosé L. Axeitos en 2003 y 2005 son importantes, como reconoce Lama en su introducción. Estos detalles de la familia y del entorno cultural, político y social de la joven Rosalía, que a primera vista pueden parecer no significativos, una vez coordinados según un estricto orden cronológico dan una perspectiva amplia, fresca y nueva sobre Rosalía y sus primeros veintiséis años en Galicia y en Madrid. El lector puede formarse una impresión clara, bien delineada, de cómo fue como persona y, sobre todo, cómo devino escritora.

Lo que sí queda claro es que persisten algunos malentendidos y falsedades sobre la vida de la autora que hay que rectificar de una vez por todas. Uno es que, al nacer, Rosalía fue abandonada por su madre y recogida por la familia de su padre, los Viojo, que la habrían criado en el campo hasta la edad de ocho o diez años en la aldea do Castro de Ortoño, entre los campesinos, don-

de habría aprendido la lengua gallega. Yo misma creí esta versión que repetí en mis propios trabajos. Lama comprueba que no fue así. Teresa de Castro, mujer independiente desde los veintitrés años, llevó a su hija a vivir con ella desde muy pequeña y Rosalía se integró en la extensa familia de los Castro como una más. Esta base social le sirvió muy bien. Los Castro todavía tenían propiedades, tierras, reconocimiento y prestigio. Contaban con una red amplia de contactos, en la Iglesia, la Administración, la prensa y en el mundo de la cultura, tanto en Galicia como en Madrid. Los Chao, por ejemplo, eran amigos de los Castro. Rosalía ya estaba en la capital viviendo con sus parientes antes de llegar Murguía a la ciudad. Tenía sus propias amistades y contactos. Cuando, después de casarse, Rosalía y Murguía necesitaban alojamiento en Madrid, recurrieron a los Castro. Las casas donde Rosalía pasaría gran parte de su vida (las Torres de Hermida, Arretén, Lestrove, Padrón) pertenecían a su familia. Gracias al estatus social de la familia de su madre, Rosalía vivió en Santiago como una señorita respetada y recibió una educación apropiada para una muchacha de su clase. Lama destaca la importancia de su educación primaria en Padrón y sobre todo de la maestra inglesa Lucy Gifford, que llegó a publicar un *Primer catecismo de los niños* en 1842. Y, a pesar de que era hija ilegítima, Rosalía mantuvo buenas relaciones con la acomodada familia de su padre, el capellán Martínez Viojo.

Otro malentendido es que Rosalía y su esposo, Manuel Murguía, no se llevaban bien o que tuvieron que casarse porque Rosalía estaba embarazada. Lama demuestra que Rosalía y Murguía se querían mucho, formaban una pareja muy compenetrada y se entendían bien. Los dos tenían la ambición de destacar en la esfera cultural e intelectual. Eran bohemios, idealistas, que trabajaron mucho para dejar su huella creativa mediante la prensa y las editoriales. Los dos tenían caracteres fuertes y se respetaban. De hecho, Rosalía sirvió de apoyo a Murguía, que había tenido una niñez más bien traumatizada (él sí que fue separado de su madre) y porque, al dejar sus estudios de química en la Universidad de Santiago, había incurrido en la ira y el desprecio de su padre. Rosalía había empezado su carrera literaria y vivía en Madrid antes de conocer a Murguía, como la publicación de *La flor* (1857) demuestra. Recién casados en la capital, formaban una pareja moderna. Rosalía sabía muy bien que nadaba a contracorriente al asumir y proclamar públicamente (en *Lieders*) su libertad e independencia, a pesar de ser mujer y, poco después, casada. Cuando tuvo que volver a Galicia, para dar a luz a su hija Alejandra, lo hizo a pesar suyo. Y en cuanto pudo, dejó a la pequeña con la abuela Teresa (otra aporta-

ción importante de los Castro) y volvió al lado de su esposo para seguir la tarea creativa en Madrid. Tenían que «escribir para vivir» y la vida con Murguía no fue fácil. Él no encontraba trabajo por faltarle título universitario, no cumplía con lo prometido, dejó los puestos que había conseguido mediante favores, y tenía mal genio. Y aunque Rosalía tenía amistades y parientes que les podían ayudar, por ser mujer y casada tuvo que ceder todos sus asuntos al esposo. Un ejemplo: Julio Nombela conoce a Rosalía antes de casarse, pero cuando escribe para felicitarla por el enlace se dirige a Murguía, no a ella. Lama se pregunta por qué Murguía más tarde insiste en representar a la joven Rosalía como mujer débil y enferma. Sugiere que quizá Murguía se sentía avergonzado de no poder mantener a su familia y así justificaba que Rosalía tuviera que recurrir a los suyos una y otra vez.

Para mí, las páginas más interesantes de esta biografía son las que se dedican a los años que Rosalía pasó con su madre en Santiago antes de casarse. Al investigar el entorno compostelano en la década 1846-1856, Lama pone en evidencia la muy activa vida que llevaba Rosalía de joven plenamente integrada en el mundo bullicioso estudiantil de su día. Frecuentaba las reuniones del Liceo de la Juventud, una especie de universidad paralela, donde colaboraba gente joven de ambos sexos en actos recreativos, musicales y literarios. Estudió declamación y actuó en varias obras teatrales, a veces con papel principal. Una de las seis piezas en que participó fue la comedia *La verdad en el espejo* (1851) de Antonio Hurtado, donde tenía el papel de Isabel de Velasco, amante de Felipe II. También actuó en *Rosmunda* (1839) de Gil y Zárate en 1854. Estas obras están escritas en versos octosílabos y (en el caso de *Rosmunda*) endecasílabos, una métrica formal rigurosa. Esto puede explicar cómo aprendió Rosalía el ritmo poético y la técnica de la versificación que manejaba tan bien. Tendría que aprender de memoria discursos largos y complejos versificados. Sería interesante comparar las piezas versificadas que Rosalía memorizó con sus propias obras poéticas y trazar posibles influencias. Su actuación en obras dramáticas también explica cómo aprendió a crear personajes femeninos tan destacados en su propia poesía: la *meniña gaitreira* y todos los personajes de *Cantares gallegos*; la mujer que exige la justicia *pola man* y la vieja que se contenta con unas sopas de coles en *Follas novas*; Margarita en *En las orillas del Sar*, y tantos más.

Al terminar este primer tomo de la biografía de Rosalía (esperamos que se publiquen más y pronto), el lector queda con ganas de seguir esta historia tan intrigante de cómo una chica gallega, provinciana, llega a ser, antes de morir

a los cuarenta y ocho años, además de madre de cinco hijos, poetisa con renombre global. No hay duda de que su unión con Manuel Murguía la ayudó, por el apoyo y los contactos que le dio. Siendo hombre y marido en la sociedad patriarcal en que vivían, él pudo haber sido un estorbo, pero en esa época temprana de sus carreras literarias reconoció el talento de su mujer y la animó a escribir y a publicar. En esa época por lo menos se ayudaron mutuamente. Les dejamos en 1863, a punto de alcanzar los dos algún renombre pero lejos todavía de un futuro cómodo y seguro.

Como dijo André Maurois, al biógrafo le pedimos los escrúpulos de la ciencia y el encanto del arte. Una biografía es más que un cúmulo de hechos; es a la vez historia, novela y periodismo; hay consideraciones éticas, estéticas y formales que asumir. El biógrafo necesita captar la imaginación del lector, para que se identifique con el sujeto biografiado y entienda su desarrollo formativo y emocional. Su objetivo, según Virginia Woolf, es transmitir la verdadera personalidad del sujeto, no los hechos; empatizar y, a la vez, mantener la distancia. Lama consigue meternos de pleno en el mundo de la joven Rosalía. Por falta de datos a veces recurre a lecturas biográficas de las novelas y poesías rosalianas, sobre todo *Flavio*. A mí personalmente no me convencen estas lecturas, porque pueden devaluar la fuerza imaginativa de la autora, pero entiendo por qué se pueden considerar las obras de Rosalía un recurso más. Al final, el lector queda con una clara impresión de Rosalía (y solo puede ser una impresión): una mujer joven resuelta, ambiciosa, curiosa, social, muy apegada a su familia pero deseosa de probar su fortuna en Madrid con su marido, a pesar de sus pocos recursos. Termina esta primera parte de la vida de Rosalía con la publicación de *Cantares gallegos*. Quedaría aún una década para que se reconociera el valor de este libro. Para saber cómo llegó a ser la obra más popular de toda la literatura gallega y cómo se lanzó Rosalía a la fama internacional hay que esperar el segundo tomo.

CATHERINE DAVIES

Institute of Modern Languages Research, University of London  
catherine.davies@sas.ac.uk